

El mapa de Francia desapareció del escaparate de la Oficina de Información Alemana y su lugar lo ocupó uno de las islas británicas. La gente se tranquilizó. Era una lástima que la siguiente víctima tuviera que ser su antigua aliada, pero al menos no le había tocado a Rumanía.

A finales de junio hizo un calor seco y polvoriento en Bucarest que agostó la hierba de los parques públicos. A lo largo de la Chaussée las hojas de los tilos y de los castaños, abanicadas por una brisa que parecía el aliento de un horno, se enrollaron, se pusieron marrones y quebradizas y empezaron a caer como si hubiera llegado el otoño. Cada nuevo día empezaba con una luz blanca y feroz que se colaba entre los postigos y las persianas. Cuando la gente desayunaba en los balcones el aire olía a calor. A mediodía el lingote del sol se disolvía en el cielo como en una tinaja de plata fundida. En las calles, que rezumaban alquitrán, se veían espejismos. La luz del sol hacía daño en los ojos.

Por la tarde el aire caliente que se concentraba entre los farallones de los edificios parecía visible y tangible en la calima de polvo ocre. La gente, anestesiada, dormía. A la hora de comer, cuando cerraban las oficinas, los empleados se colgaban como podían de los vagones del tranvía para llegar cuanto antes a la penumbra de sus habitaciones. A las cinco, cuando el ambiente

era como de fieltro, las oficinas abrían otra vez, pero los ricos y los parados seguían inactivos hasta el anochecer.

Y fue al anochecer cuando empezaron a correr los rumores del ultimátum. Las calles hervían de gente que paseaba a la luz del temprano crepúsculo.

Mientras los viandantes echaban un vistazo al mapa del escaparate de la Oficina de Información Alemana y especulaban sobre el tiempo que resistirían los británicos, se enteraron de la exigencia de los rusos y se olvidaron de Gran Bretaña.

Naturalmente no era una exigencia oficial, no se había anunciado. La prensa de la tarde no hacía la menor alusión. Las autoridades intentaban guardar el secreto, como de costumbre con las noticias que pudieran ser motivo de alarma, pero en Bucarest los secretos nunca duraban mucho. Los detalles del ultimátum llegaron a los periodistas extranjeros del hotel Athénée Palace casi en el mismo momento en que el ministro soviético los anunciaba. Rusia exigía la devolución de Besarabia y, con ella, una parte de Bucovina sobre la que no tenía ningún derecho. El ultimátum expiraría la medianoche del día siguiente.

Minutos después de que la noticia llegara al hotel corrió también por las atestadas calles, los restaurantes y los cafés. Rápidamente la aprensión cuajó como fermento, porque el pánico empezaba a apoderarse de la capital. La alarma cundió hasta la histeria.

Aquella noche, Guy Pringle, profesor de inglés en la universidad, estaba en Mavrodaphne's con Harriet, su mujer. Entró una persona en el amplio y luminoso café, dio unas voces y al momento se desató el desorden como una ola gigante. La gente se levantó como movida por un resorte y todo el mundo empezó a vociferar a diestro y siniestro, extranjero contra extranjero, haciéndose reproches. Los Pringle los oyeron protestar contra los judíos, contra los comunistas, contra los aliados vencidos, contra *madame* Lupescu, contra el rey, contra Urdureanu, el odiado chambelán del rey, pero... ¿de qué los culpaban?

A Harriet, una joven morena y delgada que había adelgazado más aún en los meses que llevaban en esa sociedad en proceso de desintegración, le irritó muchísimo la antinatural agitación.

—Seguro que es por los alemanes —dijo—. Nos quedaremos aquí atrapados.

Y es que los rumores de una invasión alemana eran continuos. Guy intentó enterarse de algo en la mesa de al lado. El hombre al que se dirigió reconoció su procedencia inglesa y al momento lo acusó en inglés:

—Todo esto es por culpa de sir Strafford Cripps.

—¿Qué es «todo esto»?

—Ha entregado nuestra Besarabia a los rusos.

—Y —añadió su compañera— nos ha robado nuestra Bucovina y sus hermosos hayedos.

Guy, un hombre alto cuyo aspecto afable y cándido acentuaban las gafas que llevaba, respondió con su habitual buen humor señalando que Cripps acababa de llegar a Moscú esa misma mañana y no había tenido tiempo de convencer a nadie de nada, pero el hombre le dio la espalda con impaciencia.

—Cualquiera diría que, hasta ahora, nadie consideraba que los rusos representaran un peligro —comentó Harriet.

En realidad, los rumanos temían a los comunistas, con su credo marxista y ateo, más que a los nazis.

Al oír que hablaban en inglés, un anciano de otra mesa cercana se levantó de repente, recordó a todos que Gran Bretaña había protegido a Rumanía y preguntó qué iba a hacer ahora que Rumanía estaba amenazada.

—¡Nada de nada! —se respondió él mismo a gritos, enfurecido—. Los británicos están acabados —y amenazó a los Pringle con su sombrilla de tela.

Harriet miró a un lado y a otro con inquietud. Diez meses antes, recién llegada a Bucarest, se respetaba a los británicos; sin embargo en esos momentos ya no, porque estaban en el lado de los perdedores. Llegó a temer un ataque físico... pero no sucedió

nada. Todavía quedaba cierto sentimiento, afecto incluso, por la antaño gran potencia protectora, a la que últimamente se consideraba caída en desgracia.

Para que no los tomaran por miedosos, los Pringle prefirieron quedarse en su sitio, en medio de la algarabía, que de pronto cambió de tono. Se levantó un hombre que logró llamar la atención hablando razonablemente, con calma, y preguntó si esos temores no serían prematuros. Ciertamente, los británicos no podían hacer nada por Rumanía, pero ¿qué decir de Hitler? ¿Acaso el rey no acababa de cambiar las alianzas? Ahora podía solicitar ayuda a Alemania. Cuando el Führer se enterara del ultimátum, obligaría a Stalin a retractarse.

¡Oh, maravilla! El vocerío se apagó. Los presentes se agarraron a este halagüeño argumento y asintieron entre ellos. La esperanza devolvió la alegría a los que más temor habían expresado y los que más alto habían protestado vocearon aún más con confianza. Todavía no se había perdido nada. Hitler los protegería. Por una vez todos estaban a favor del rey. La soberana arteria que durante tanto tiempo había sufrido el país se ganó en ese momento un aplauso unánime. Se había aliado con el eje justo a tiempo. Sin la menor duda, al final su majestad sería el salvador del país.

La euforia se contagió con la misma rapidez que antes el pánico. Los Pringle se fueron a casa andando; la gente se felicitaba en las calles como si la victoria fuera suya. Pero a la mañana siguiente empezaron a llegar coches de refugiados del norte, grises de polvo y con la baca cargada de bultos bien sujetos, que recordaban mucho a los que habían entrado en Bucarest hacía diez meses procedentes de Polonia.

Eran los terratenientes alemanes de Besarabia, que, tras un aviso de la Legación alemana, habían huido, pero no por temor a los rusos, sino a los campesinos, que los odiaban. Este éxodo trajo consigo una preocupación más, porque si se había advertido a alguien de las intenciones de Hitler sin duda había sido a ellos.

El piso de los Pringle daba a la plaza principal. A lo largo de la mañana la plaza se fue llenando de gente silenciosa que miraba hacia palacio.

El príncipe Yakimov, un inglés de origen ruso al que Harriet, a su pesar, toleraba en casa, volvió de su guarida, el English Bar, y dijo:

—Están todos muy optimistas, querida niña. Estoy convencido de que se hallará una solución —y, después de comer, se retiró a dormir con la conciencia tranquila.

Guy estaba vigilando en los exámenes de final de trimestre y no fue a casa a comer. Por la tarde, Harriet salió al balcón y vio que la gente seguía en la plaza bajo el tórrido sol. La hora de la siesta era, por tradición, la de hacer el amor, pero nadie tenía ánimos para dormir ni para el amor. Todavía no se había confirmado el ultimátum oficialmente, pero se sabía que el rey había convocado al Consejo de la Corona. Se presentaron los ministros, inconfundibles con su uniforme blanco. Todo el mundo los vio llegar.

Justo debajo del balcón de Harriet había una pequeña iglesia bizantina con cúpulas doradas y cruces enlazadas con cuentas. La puerta del templo crujía sin cesar para dar paso a los que entraban a rezar y a pedir ayuda en esos tiempos de crisis.

La iglesia estaba rodeada de edificios cuya demolición había quedado incompleta porque la guerra había puesto fin a las «reformas» del rey. A continuación de estas ruinas se encontraban la plaza en la que esperaba la gente bajo el sol inclemente y el palacio en el que entraban y salían los oficiales del estado. Detrás de las vallas del recinto del palacio había muchos coches. Los que llegaron después tuvieron que aparcar fuera.

A Harriet le llegó olor a tostado de su propio pelo. El calor era como una carga en la cabeza, pero se quedó un rato más mirando a un campesino que cruzaba la calle empedrada. Era un vendedor de pollos. Llevaba dos jaulas con aves vivas colgadas de un palo cruzado sobre los hombros. Cada pocos minutos

levantaba la cabeza y cacareaba como una gallina. Un criado le dio una voz desde uno de los balcones bajos y después bajó a la calle. Entre el vendedor y el criado repasaron los pollos abriéndoles las alas y tocándoles la pechuga. Al final eligieron uno y el campesino le partió el pescuezo en medio de un sonoro aleteo.

Harriet entró en la habitación. Cuando salió de nuevo, el campesino estaba sentado en un peldaño de la iglesia, desplumando el pollo, con todas las plumas a sus pies. Antes de seguir su camino tapó las jaulas con arpillera para proteger a las aves del sol.

A las cinco en punto volvieron los funcionarios a sus oficinas y se produjo un movimiento entre la multitud de la plaza. Poco después, cuando los niños que vendían periódicos empezaron a anunciar una edición especial, la plaza entera cobró vida. Harriet bajó rápidamente a enterarse de las noticias. La gente se apelotonaba alrededor de los niños, les quitaban los periódicos de las manos y los hojeaban con frenesí. Un hombre, al llegar a la última página, sacudió el suyo en el aire, luego lo tiró al suelo y lo pisoteó con furia.

Harriet temió que esto significara que habían perdido Besarabia, pero cuando compró un ejemplar, vio que los titulares destacaban que el príncipe había aprobado el bachillerato con una nota de 98'8 sobre 100. El rey, pálido y aparentemente preocupado, había salido de la cámara del consejo para felicitar a su hijo. Oyó pronunciar por todas partes las palabras *bacalaureat*, *printul* y *regul* con sorna y con rabia, pero no había noticias de Besarabia.

El sol tiñó el cielo de rojos y morados y el gentío que esperaba empezó a impacientarse. El tiempo pasaba. La mayoría de la multitud de la plaza era obreros. A última hora aparecieron las mujeres, ataviadas con colores claros que espejeaban en la penumbra del crepúsculo. El primer soplo de aire fresco sacó a los rumanos prósperos a las calles. Aunque, por la fuerza de la costumbre, se fueron a pasear por Calea Victoriei y por el

bulevard Carol, atravesaban una y otra vez la plaza, el centro de la tensión.

Cuando Guy volvió de la universidad Harriet le dijo que tenían que cenar rápidamente para ir a ver lo que sucedía.

En la calle se encontraron con algunos conocidos; se enteraron de que el rey había pedido ayuda a Hitler y que este había prometido mandar un mensaje personalmente antes de que expirara el ultimátum. La esperanza renació de pronto. El rey y los ministros aguardaban en palacio a que llegara el mensaje. Se informó de que el rey había dicho: «Tenemos que apelar al Führer. No nos abandonará en momentos de necesidad».

Anochece. En el patio de palacio sonó una corneta como una llamada a las armas. Un hombre empezó a cantar el himno nacional en la plaza. Lo secundaron algunas voces más, pero, entrecortadas por la incertidumbre, se apagaron enseguida. Se encendieron las arañas en palacio. Alguien gritó reclamando al rey y el grito se repitió, pero el rey no compareció.

Salió la luna, grande e insulsa, y se quedó en suspenso sobre la ciudad. A medida que entraba y salía gente de palacio se oía un continuo abrir y cerrar de portezuelas de coches. Entre otros, llegó una mujer. Al momento se corrió el rumor de que *madame* Lupescu había sufrido un atentado, que había huido de su villa en Alea Vulpache y había acudido al rey en busca de protección.

Se produjo otra leve conmoción cuando llegó Antonescu, un hombre orgulloso que había perdido el favor del rey por apoyar al jefe de la Guardia de Hierro. Se decía que, al reconocer que la situación era desesperada, el general había rogado ser recibido por su majestad. Aumentó la presión en la plaza. Ahora iba a pasar algo. Pero el general se fue poco después y no sucedió nada.

—Vamos a tomar un trago —dijo Guy al pasar de nuevo por el Athénée Palace.

Si se producía alguna noticia más, llegaría allí inmediatamente.

Había muchos coches de Besarabia en los alrededores del hotel, la mayoría cargados todavía con sus baúles, maletas, alfombras enrolladas y muebles pequeños y valiosos. En el vestíbulo, debajo de las brillantes luces, se apilaban más baúles, cajas, tapices y objetos de lujo. Los Pringle se abrieron camino entre los obstáculos y se encontraron de frente con el barón Steinfeld, que vivía en Besarabia, pero pasaba más tiempo en Bucarest que en su finca. Les sorprendió que se acercara a ellos porque solo se habían visto una vez. Les había resultado un hombre encantador, pero en ese momento había perdido todo el encanto. Su rostro, cuadrado y rubicundo, no parecía el mismo, y enseñaba unos dientes largos; les habló con una rabia y una angustia tales que daba la impresión de que le sacaran las palabras a sacudidas:

—Lo he perdido todo. ¡Absolutamente todo! Las tierras, la casa, el huerto de manzanos, la plata, la porcelana de Meissen, las alfombras Aubusson... Ni se lo imaginan. Todas estas cosas que ven aquí... las han traído los afortunados. Pero yo... yo estaba en Bucarest, así que lo he perdido todo. ¿Qué hacen ustedes, los ingleses, luchando contra los alemanes? ¡Contra quienes tienen que luchar es contra los bolcheviques! Únanse a los alemanes, que son buena gente, y luchen juntos contra esos cerdos rusos que me lo han robado todo.

Guy, conmocionado por el cambio que había sufrido el barón, no supo qué decir.

—Besarabia no se ha perdido aún... —dijo Harriet.

Pero, confusa, tuvo que callarse al ver al barón deshacerse en lágrimas.

—He perdido hasta a mi perrito.

—Lo siento —dijo Harriet.

Pero el hombre rechazó las muestras de compasión levantando una mano. Lo que quería era acción.

—Es necesario luchar. Tenemos que destruir a los rusos todos juntos. No sean necios. Únanse a nosotros ahora que todavía están a tiempo.

Y con esta dramática recomendación, empujó la puerta giratoria y los dejó solos.

No había nadie en el vestíbulo ni en el salón. Hasta el recepcionista había salido a ver lo que sucedía en la plaza, pero en la siguiente sala oyeron voces inglesas.

—Los periodistas han vuelto al bar —dijo Guy.

El bar, el famoso English Bar, había sido hasta hacía un mes el coto de los ingleses y sus socios. Habían mantenido fuera al enemigo. Después, el día en que cayó Calais, una muchedumbre de alemanes —hombres de negocios, periodistas y funcionarios de la embajada— había entrado en masa y había tomado posesión de la plaza. Ante la triunfal avalancha, los únicos ingleses presentes —Galpin y su amigo Screwby— se habían retirado al jardín del hotel. Pero ya habían vuelto.

Galpin era uno de los pocos periodistas que residían permanentemente en Bucarest. Trabajaba por cuenta de una agencia, vivía en el Athénée Palace y apenas salía del hotel; tenía un «rastreador» rumano que recorría las calles en busca de noticias y se las llevaba al hotel. Los demás periodistas del bar habían venido de las capitales cercanas para cubrir la crisis de Besarabia.

Cuando los Pringle llegaron, Galpin se les echó encima y al instante empezó a contarles que había entrado en el bar a la cabeza de los recién llegados y había dicho al camarero: «¡Vodka, *tovarish!*!».

Fuera cierto o no, la verdad es que en ese momento estaba bebiendo whisky. Dejó que Guy le rellenara el vaso y luego, echando una mirada a los desanimados alemanes, a los que habían arrinconado en una esquina, brindó por el ultimátum:

—Un bofetón en la cara del maldito *boche* —dijo, como si considerara el movimiento ruso un triunfo británico.

Harriet pensó que sin duda era más bien una burla a los aliados. En 1918 habían consentido que Rumanía se anexionara la provincia rusa y ahora, en 1940, aprovechando la debilidad del país, los rusos se habían animado a exigir que se la devolvieran.

Empezó a decirlo en voz alta, pero el viejo Mortimer Tufton, mirándola con altivez por encima de la cabeza, le quitó la palabra:

—La Conferencia de Paz de París jamás reconoció la anexión de Besarabia.

Tufton, a quien habían dedicado una calle en Zagreb, era una persona relevante en los Balcanes. Se decía que tenía un olfato infalible para los acontecimientos inminentes y, cuando se producían, allí estaba él. Siempre informado, seco y consciente de su capacidad para intimidar, sostenía una actitud de quien está acostumbrado a un trato deferente, pero Harriet no estaba dispuesta a dejarse desautorizar.

—¿Quiere decir que en realidad Besarabia nunca formó parte de la Gran Rumanía?

Harriet dio una falsa impresión de seguridad y Tufton, despreciándola por ser mujer e insolente, respondió con indiferencia:

—Podría decirse así —y le dio la espalda.

Ella no se lo creyó, pero le faltaban conocimientos para argumentar en contra y miró a Guy en busca de apoyo.

—Los soviéticos nunca reconocieron que Besarabia fuera rumana —dijo él—. Es justo que se la queden —y, entusiasmado por la súbita e insólita popularidad del país que profesaba su fe, añadió—: Ya verás como al final Rusia nos hace el favor de ganar esta guerra.

—Puede que la gane, pero no a nuestro favor —replicó Tufton con una carcajada.

Esto fue excesivo para los periodistas: ridiculizaron la idea de que Rusia ganara una guerra, y la presente con menor motivo. Un hombre que había estado en Helsinki habló largo y tendido de «el fiasco finlandés», a lo que Galpin respondió diciendo que el famoso poder del armamento soviético era un gran farol y contó que, en la guerra civil española, un amigo suyo había chocado contra un tanque ruso y lo había abollado como si fuera de cartón.

—Eso es una tontería —dijo Guy—, el típico cuento que contaban los gacetilleros de tres al cuarto cuando no tenían nada mejor que escribir.

Se puso a la defensiva al ver sus ideales atacados, dejó de ser afable, estaba dispuesto a discutir con quien fuera. Aunque a Harriet no le interesaban los ideales por ser demasiado políticos y desinteresados, estaba preparada para ponerse del lado de Guy; Galpin, en cambio, se encogió de hombros, como dando a entender que el asunto carecía de importancia.

Antes de que Guy siguiera hablando, Mortimer Tufton, que no soportaba las conjeturas de los jóvenes inexpertos, empezó a contar una historia de las relaciones entre Rusia y Rumanía que demostraba que, de no haber mediado la influencia de los aliados, los rusos habrían devorado los Balcanes hacía mucho tiempo. Dijo que Rusia había invadido Rumanía en ocho ocasiones diferentes, además de varias «ocupaciones amistosas», y que nadie había olvidado ni perdonado ninguna.

—Lo cierto es —concluyó— que la amistad de Rusia ha sido más nefasta para Rumanía que la enemistad del resto del mundo.

—Eso fue en tiempos de la Rusia zarista —dijo Guy—. Los soviets son otra cosa.

—Pero la raza es la misma. Véase, si no, esta última muestra de oportunismo.

Harriet sorprendió a este ser pequeño, egoísta y petulante mirándola fija y duramente y, con intención de ganárselo, sonrió y preguntó:

—¿A quién concedería usted Besarabia?

—Hummm —dijo Tufton, y desvió la mirada como si estuviera tragando algo amargo, pero, aplacado por el atractivo de la joven, se dispuso a responder—. Rusia, Turquía y Rumanía llevan quinientos años peleándose por esa provincia en particular. Los rusos la consiguieron por fin en 1812 y les duró hasta 1918. Opino que ha sido suya más tiempo que de otro país; por

lo tanto, pensándolo bien... —hizo una pausa, carraspeó otra vez y sentenció—: Sería partidario de devolvérsela.

Harriet sonrió a Guy, le cedió el mérito y Galpin hizo un gesto de asentimiento.

Los pliegues del rostro oscuro y afilado de Galpin colgaban sobre el raído cuello de la camisa. Con un codo en la barra, amargamente encantado de haber recuperado su puesto de siempre, miraba sin cesar en busca de un público moviendo unos ojos tan amarillentos como el whisky que tenía en la mano. Cuando tomaba un trago, la muñeca macilenta y el hueso de la muñeca, que parecía medio huevo, le sobresalían con crudeza de la manga del arrugado, encogido y ceniciento traje oscuro. Una colilla húmeda le colgaba, olvidada, del grueso labio inferior, amoratado y blando, y temblaba cada vez que hablaba.

—Esos rusos se juegan el tipo reclamando el territorio precisamente cuando Carol se arrima al eje.

—Me imagino —dijo Guy— que la declaración los animó a pedirlo. Lo reclaman antes de que los alemanes se hagan demasiado fuertes allí.

—Podría ser —dijo Galpin con reservas. Habría preferido ser él quien teorizara—. De todos modos, se juegan el tipo. —Buscó la aprobación de Tufton con la mirada y, cuando la consiguió, gruñó dándose la razón a sí mismo y añadió—: Si los alemanes los atacan, no creo que los rusos duren ni diez días.

Mientras hablaban del potencial ruso para la guerra, en el que solo creía Guy, un hombrecito vestido de ajado algodón gris y con un viejo sombrero tirolés estrujado contra el pecho se acercó furtivamente a Galpin y le dio un codazo. Era su rastreador, una sombra que vivía de husmear noticias y llevar una versión a los periodistas alemanes del Minerva y otra a los ingleses del Athénée Palace.

Galpin se agachó un poco y el hombrecito le susurró algo al oído. El periodista lo escuchó con interés. Todos esperaron a saber lo que le decía, pero no tenía prisa por contárselo. Con

una expresión sardónica y aturdida sacó un puñado de billetes sucios y le dio el equivalente a seis peniques, recompensa que mereció una gratitud reverente. Después hizo una pausa y sonrió a los presentes.

—Ha llegado el mensaje que tanto deseábamos oír —dijo por fin.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Tufton, impaciente.

—El Führer ha pedido a Carol que ceda Besarabia sin conflicto.

—¡Ja! —La risa de Tufton significaba que eso era lo que esperaba.

—¿Es una directiva? —preguntó Screwby, el gran amigo de Galpin.

—Nada de directivas —contestó Galpin—. Es una orden.

—Pues ya está —dijo Screwby en un tono sombrío—. ¿Sin pelear?

—¿Rumanía sola contra Rusia? —dijo Tufton en son de burla—. Imposible. Su única esperanza era que el eje respondiera si se mantenían firmes. Pero Hitler no tiene intenciones de declarar la guerra a Rusia... o al menos no por Besarabia.

Los periodistas apuraron las bebidas antes de irse a los teléfonos del vestíbulo. Nadie parecía tener ninguna prisa. La noticia era negativa. Rumanía cedería sin presentar batalla.

Cuando los Pringle salieron del hotel les sorprendió la calma de la calle. Todo el mundo debía de conocer ya la orden del Führer, pero no había asomo de revuelta. Si se había producido alguna muestra de ira, no quedaba ni rastro. Había algunas personas en los alrededores de palacio, como si les quedaran esperanzas de algo, pero la mayoría se había dispersado en silencio sabiendo que ya no había más que hacer.

Después de la tensión de las horas de incertidumbre, seguramente habían aceptado el ultimátum con tanto alivio como decepción. Fueran cuales fueren las consecuencias, significaba que la vida en Bucarest seguiría igual que hasta el momento. No habría reclutamiento para morir por una causa desesperada.

Al día siguiente la prensa lo anunció del modo más favorable posible: Rumanía estaba de acuerdo en ceder Besarabia y el norte de Bucovina, pero Alemania había prometido que después de la guerra les serían devueltas. Entretanto, acatando la voluntad del Führer, el país se sacrificaba por conservar la paz en la Europa del Este. Era una victoria moral y los oficiales podían retirar a sus hombres de los territorios cedidos con orgullo y con la cabeza bien alta.

Se pusieron las banderas a media asta. Se ordenó el cierre de los cines durante los tres días de duelo público. Según los rumores, los oficiales rumanos, en desbandada hacia el sur, habían abandonado a sus unidades, su equipamiento militar e incluso a su familia y habían huido atemorizados ante el avance de los rusos. A finales de junio, Besarabia y el norte de Bucovina ya eran parte de la Unión Soviética.

Cuando los Pringle pasaron de nuevo por el English Bar, Galpin dijo:

—¿Os dais cuenta de que estamos a menos de doscientos kilómetros de la frontera rusa? Esos desgraciados podrían echársenos encima en un visto y no visto.